

braba en Vampo a un tratado de la índole del de Nankín.

Así como Inglaterra al conquistar aquellas regiones fué con el único fin de desarrollar su comercio, que podía muy bien embrutecer á los naturales de aquel imperio, Francia, por el contrario, pensaba extender en él la luz de la civilización, difundiendo á la vez las doctrinas del Redentor, para cuyo objeto se formaba en Lyon en 1820 una sociedad para propagar la fe cristiana.

Merced á las eficaces gestiones del diplomático Langrené, obtúvose la publicación de tres edictos imperiales, el primero de los cuales permitía á todos los chinos abrazar la religión cristiana, el segundo daba por señal distintiva del Cristianismo, el culto de la Cruz y de las imágenes, y el tercero mandaba restituir las iglesias edificadas desde el reinado del emperador Kanghi, ó cuando menos las que no hubiesen sido convertidas en pagodas ó edificios públicos.

Aunque aquellos edictos no fueron cumplidos en todas sus partes, puesto que se violaron con frecuencia, no por eso deja de ser menos cierto que fué gran gloria el alcanzarlos.

La conducta de Francia respecto á China contrastaba grandemente con la de los ingleses. La primera, sembraba la instrucción entre los chinos, vivificaba sus almas digámoslo así, mientras que los segundos propagaban cuanto les era posible, una planta que emponzoña, embota y mata.

Francia, á pesar de todo, no podía por entonces intentar las conquistas en el Asia, por su debilidad.

Por otra parte, tenía los ojos en el Africa y aquello que por entonces le era más fácil de conseguir, fué lo que la decidió á emprender la empresa de la conquista de Argelia.

Esta nación, compuesta de moros, turcos y judíos, estaba constituida en su mayor parte de dos razas diferentes: los kabilas y los árabes.

Los primeros, habitantes de la parte montañosa, eran los más antiguos del país; negros, de carácter belicoso, huesosos y fornidos, son bastante ingeniosos pero muy aferrados á la tierra en que han nacido.

Su organización es la de kabilas agrupadas por un lazo federativo, pero todos están dominados por el espíritu de independencia, de igualdad y de fraternidad.

El kabila, por regla general, no es ambicioso, puesto que todo su afán consiste en trabajar hasta reunir lo suficiente para adquirir un trozo de tierra allá junto á la aldea que le vió nacer.

El árabe, por el contrario, y especialmente el del Sahara, es indolente por naturaleza, deja la mayor parte y lo más pesado de su trabajo á la mujer, y tiene una afición decidida á los caballos, con los que recorre las praderas, y sobre todo, es muy amigo de los placeres.

Tal era el carácter y las costumbres, descritas á grandes rasgos, de aquellos dos pueblos, los cuales habían empeñado lucha con la Francia, y de la que era fácil predecir el resultado poco satisfactorio dada la desventaja, ya por la instrucción, ya por los medios de que disponía que entre ambas naciones existía.

Al empuñar el cetro Luis Felipe, el pabellón francés ondeaba en Argel.

Al principio se pensó en abandonar tal empresa, pero comprendida luego la facilidad de la conquista, y teniendo presente la fertilidad del país, se cambió por completo de opinión decidiéndose fundar una colonia francesa en la Argelia.

En armonía con este propósito se envió como gobernador al general Clausel, quien fundó una granja modelo, al mismo tiempo que saneaba el país por lo que respecta á la llanura de Mitidja.

Al general Clausel, le sucedió el general Berthézene y luego el duque de Rovigo, que ensanchó el territorio francés.

El año 1832 los capitanes Armandy y Yousouf se apoderaron de un punto importante, la ciudad de Bona, la antigua Hipona, patria de San Agustín.

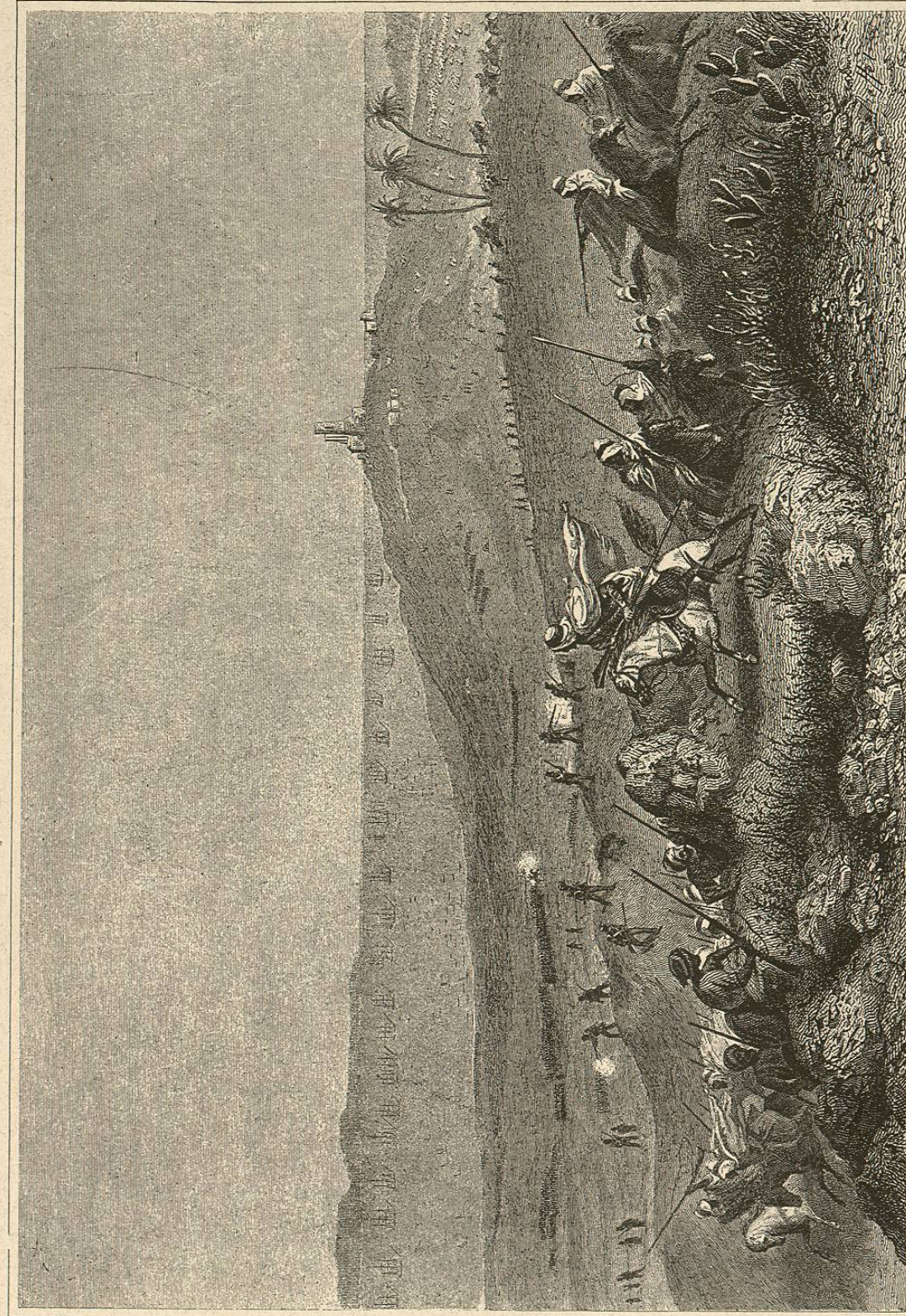
Pero hasta el año 1834 no se comenzó la verdadera lucha, que tras de doce años de encarnizados combates, había de dar el triunfo á las armas francesas, muy superiores á las de Abd-el-Kader, dey de Mascara.

Los primeros encuentros que el general Trezel tuvo con Abd-el-Kader en la provincia de Orán fueron muy desgraciados para los franceses; pero nombrado de nuevo gobernador el general Clausel, no tardaron en recuperar todo lo perdido.

Este, acompañado del duque de Orleans, emprendió una expedición á Mascara, con tan buena fortuna, que puede decirse fué un continuado triunfo.

Abd-el-Kader por su parte, después de tantas derrotas sufridas, se encontró imposibilitado por algún tiempo de sostener guerra contra los franceses.

Clausel, que no apetecía estar parado durante mucho tiempo, aprovechándose de aquella tregua forzosa por parte de los árabes, se dirigió contra la capital de la provincia de Constantina, en el mes de Noviembre de 1836.



DESEMBARCO DEL EJERCITO FRANCÉS EN ÁFRICA (Cuadro de Raffet)

Esta expedición fué desastrosa para el ejército francés, ya que la fatiga, las continuas lluvias y los tan inesperados como frecuentes ataques de los árabes mermaron de una manera horrorosa el ejército de Clausel.

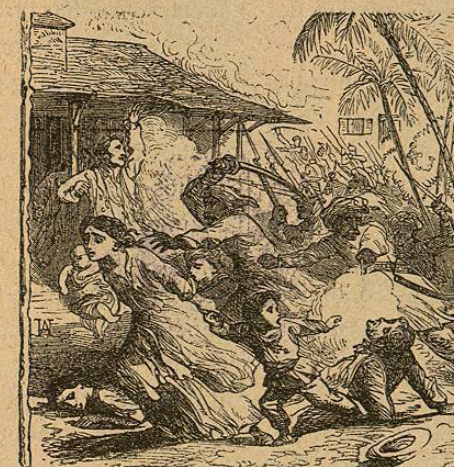
Una vez que éste estuvo á la vista de la capital de Constantina, no le pareció tan fácil su empresa como antes había presumido.

Situada sobre un gran peñasco, protegida por un torrente y un buen número de defensores valientes hasta la temeridad y decididos como todo el que lucha por su independencia, eran causas más que suficientes para que el francés dejase de atacarles cual era su propósito.

Sin embargo Clausel sitió la plaza y dió varios asaltos vigorosos, que fueron rechazados enérgicamente, hasta que finalmente, vista su impotencia, los franceses tuvieron que emprender una terrible y vergonzosa retirada que acabó de diezmar y destruir su ya derrotado y perdido ejército.

Al tenerse noticia en Francia de este terrible desastre, unánimes fueron los clamores que contra la imprevisión del Gobierno se lanzaron, pues siempre y en todas ocasiones los franceses han tenido la costumbre de acusar á los gobernantes en semejantes percances, como si nunca pudieran ser vencidos en igualdad de circunstancias.

Ante aquellos clamores el Gobierno acordó la



Asesinatos en la India

destitución de Clausel, nombrándose en su lugar al general Bugeaud, que inmediatamente trabó con Abd-el-Kader algunos combates poco afortunados, acabando por acordar con aquél un tratado que se firmó en Tafna, el cual era más ventajoso para el árabe que para Francia.

Nuevamente al conocer ésta el resultado de la excesiva prudencia de Bugeaud, volvió á repetir las acusaciones contra el Gobierno.

En tanto Abd-el-Kader, cuyo poderío era mayor cada día, dada la influencia religiosa que iba adquiriendo sobre los árabes, intentaba hacerse el jefe de su nación, para lo cual no esperó más que la ocasión de volver contra la Francia el poder que ésta le había hecho adquirir en gran parte, concediéndole por el tratado de Tafna la soberanía del país que antes gobernaba como dey.

Abd-el-Kader aprovechó la paz que arrancara á Francia, para organizar sus hordas indisciplinadas, y así fué que cuando el Gabinete francés quiso emprender la campaña de África para halagar el patriotismo exaltado de los franceses, tuvo que basar la expedición en más vastos planes.

Esta expedición, que duró de 1.º de Octubre á 3 de Noviembre, fué confiada al general Damremont, que una vez delante de Constantina, atacó la plaza y le abrió brechas, designándose el 13 de Octubre para dar el asalto de la ciudad; pero la víspera, una granada privó al ejército de su jefe, cuyo sucesor fué el general Valée.

Sin embargo, el día señalado se dió el asalto, que el mariscal Saint-Arnaud resumía en estas palabras: «Una resistencia admirable; hombres que había que matar dos veces, una ciudad tomada

